

# ¿Será posible disuadir a un Irán dotado con armas nucleares?

Amitai Etzioni



(AP Photo/Ministerio de Defensa Irani, Vahid Reza Alaei, HO)

Misiles tipo Shahin montados en el nuevo sistema antiaéreo avanzado de Irán, 11 de abril de 2010.

**H**AY CRECIENTES PRUEBAS de que Irán ha escogido un camino que lo llevará al desarrollo de armas nucleares en un futuro no muy lejano que nuevamente ha intensificado el debate sobre cómo el mundo debe abordar tal peligro. Sin duda alguna, la polémica sobre cómo lidiar con la proliferación de las armas

---

*Amitai Etzioni es profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de George Washington y autor de Security First: For a Muscular Moral Foreign Policy (Yale, 2007).*

nucleares no se limita a Irán, sino también incluye a otras naciones o grupos que podrían usarlas, especialmente Corea del Norte y terroristas.

Se discuten generalmente cuatro posibles respuestas para lidiar con Irán: diálogo, sanciones, ataques militares y disuasión. Ya se ha intentado el *diálogo*, especialmente desde el inicio de la administración de Obama (y previamente por gobiernos europeos), pero esto no ha rendido, hasta ahora, los resultados deseados. Las *sanciones* no son consideradas fiables, ya que algunos países, especialmente China, han rehusado, hasta ahora, autorizarlas. En el pasado, algunas sanciones también fueron fácilmente eludidas y no han producido el efecto deseado, incluso cuando han sido impuestas a las naciones que son más vulnerables que Irán, tales como Cuba y Siria. Además, las sanciones podrían ayudar a solidificar a los regímenes existentes y socavar la oposición democrática. Se dice que los *ataques militares* probablemente fracasarían. Según declaró el Secretario de Defensa Robert Gates el 13 de abril de 2009, “Militarmente, en mi opinión, eso (un bombardeo de las instalaciones nucleares de Irán) retrasaría el programa iraní por cierto tiempo, pero el retraso, probablemente, sólo sería de uno a tres años.”

De allí el creciente interés en la *disuasión*, o sea, en tolerar un Irán dotado de armas nucleares, pero manteniéndolo a raya con la amenaza de una retaliación de la misma forma en caso que use dichas armas. Si bien la administración de Obama no ha, oficialmente, declarado esta postura, varios observadores consideran que, de hecho, su gobierno se encamina hacia allá. Una declaración hecha por la Secretaria de Estado Hillary Clinton en Tailandia el 22 de julio de 2009 fue entendida como expresión tácita de este planteamiento. La Secretaria de Estado señaló que, “Si EUA extiende un escudo de protección sobre toda la región, es improbable que Irán sea más fuerte o seguro,

porque no podría intimidar o dominar, como, aparentemente, *sus líderes* (énfasis de la redacción) piensan que puede hacer, una vez que posean una arma nuclear. En una entrevista al ex asesor de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski publicada en el periódico *Wall Street Journal* el 5 de marzo de 2010, también se discutió la necesidad de un escudo de protección para lidiar con Irán.

El general retirado John Abizaid, antiguo Comandante del Comando Central de EUA, lo expresó de la siguiente manera: “Necesitamos dejar muy claro a los iraníes, de la misma manera que lo hicimos a la Unión Soviética y a China de que la primera instancia que usen armas nucleares resultará en la devastación de su nación. No creo que Irán sea un Estado suicida. La disuasión sí funcionará con Irán.”

Fareed Zakaria, editor del periódico *Newsweek International*, columnista del *Washington Post* y frecuente comentarista de TV es uno de los principales defensores de la disuasión. En su artículo, “*Don’t Scramble the Jets*”, sostiene que los líderes religiosos iraníes constan de una “élite clerical astuta (e implacablemente pragmática)”, y que dictaduras militares tal como la que ahora se forma en Irán “son calculadoras. Actúan de una manera que los mantiene vivos y en el poder. Este instinto de autopreservación es lo que hará funcionar una estrategia de contención”. En el mundo académico, un profesor de la Universidad de Columbia Kenneth Waltz escribió “Sería extraño si Irán no se esforzara por desarrollar armas nucleares, y no creo que debamos preocuparnos si lo hace, dado que la disuasión ha tenido éxito 100 por ciento. Después de todo, hemos disuadido a grandes poderes nucleares tales como la antigua Unión Soviética y China; entonces, no hay ningún problema.”

Un funcionario del Departamento de Estado, quien pidió anonimato, señaló que EUA ya está proveyendo contramedidas a sus aliados en el Medio Oriente, tales como el posicionamiento de baterías de misiles *Patriot*, que pueden ser utilizadas para disuadir a Irán de usar sus armas nucleares —pero no de adquirirlas.

En los siguientes párrafos, me concentro en la pregunta de si la disuasión puede funcionar y, de no ser así, qué tipo de ataque militar —de haber alguno— podría producir el efecto deseado.

## ¿Actores racionales?

Uno de los pocos puntos en donde hay un gran consenso es que para que funcione la disuasión, los líderes de las naciones que poseen armas nucleares necesitan ser racionales. El mismo es evidente para terroristas que puedan adquirir armas nucleares de una manera u otra. En realidad, ha surgido una industria de autores e investigadores populares que sostienen que tanto los jefes de Estado como los terroristas actúan de forma racional y, por eso —atemorizados por la posibilidad de retaliación de otros poderes nucleares— no usarán sus armas nucleares. (Para aquellos que podrían preguntarse, si naciones, tal como Irán, no pretenden usar armas nucleares, ¿por qué se someterían a los costos y riesgos de adquirirlas? Estos expertos racionalistas responden con el razonamiento de que las armas nucleares sirven a estas naciones, protegiéndolas de ataques).

Los defensores racionalistas de la disuasión frecuentemente usan la misma presunción utilizada por los tradicionales economistas: que las personas son racionales. Una forma usada por los economistas a fin de defender esta presunción contra las críticas obvias es utilizar un punto de datos para evaluar tanto las intenciones y las acciones de la persona en cuestión. De este modo, los economistas han sostenido que si una persona que jamás ha tomado vino —y no tiene la intención de hacerlo— súbitamente compra una botella de vino, ésta debió haber sido una elección racional, porque de lo contrario, ¿para qué la compró? Y afirman que si una persona decide ser un criminal, “debió” haber sopesado los pros y los cons y haber tomado la decisión racional de que ser un criminal era la mejor alternativa. Según George Stigler, ganador laureado del Premio Nobel, “siempre se puede encontrar una razón de lo que hace el hombre”, lo cual “transforma la utilidad en una tautología”.

Esta premisa viola un principio básico de la ciencia —que las proposiciones deben ser formuladas de manera que puedan ser falsificadas. Usando la misma prestidigitación académica, los defensores de la disuasión sostienen que todo lo que hacen los líderes de una nación es racional, porque se puede encontrar alguna razón con base en la cual sus acciones hacen sentido. No obstante, estos argumentos también harían

“racional” el lanzar bombas nucleares e ignorar las preocupaciones sobre los efectos de la retaliación —pudiéramos decir que así como Herman Kahn, los líderes piensan que a su nación le iría mejor en este tipo de guerra que a su enemigo o, porque el bombardeo nuclear provocaría el éxtasis que proporcionaría una vía rápida al cielo.

Los defensores de la disuasión también defienden sus argumentos sugiriendo que la única alternativa de ser racional es ser irracional, lo que se considera como el equivalente a la locura. Sostienen que los líderes de Irán, los terroristas, incluso Kim Il-sung y Kim Jong-il no están locos. Lo exponen al mostrar que estos líderes reaccionan de manera sensata ante los cambios que se están dando lugar en el mundo que los rodea. Por ejemplo, la oferta más conciliatoria de Irán con respecto a su programa nuclear fue hecha en mayo de 2003, después que las Fuerzas Armadas de EUA derrotaran al ejército de Saddam en pocas semanas con pocas bajas, algo que Irán no pudo lograr en ocho años de guerra con Irak. Además, el Presidente de EUA informó a Irán

que estaba en la misma corta lista en la que están otros miembros del “Eje del Mal”. En resumidas cuentas, Irán tenía motivos para anticipar un ataque —porque según el punto de vista de los defensores de la disuasión, los actores sólo pueden actuar de forma puramente racional o puramente irracional, demostrando que los líderes de Irán y otros Estados parias reaccionan ante cambios en los hechos y no están locos, lo que parece sustentar su argumentación de su racionalidad.

Otros eruditos que han estudiado el terrorismo sustentan aún más estos puntos de vista, explicando que los terroristas actúan de forma estratégica y no irracionalmente. En el artículo, “Deterring Terrorism: It Can Be Done”, el profesor de la UCLA Robert F. Trager y Dessimlava P. Zagorcheva, estudiante de doctorado de la Universidad de Columbia comentan que “la alegación de que los terroristas son sumamente irracionales es refutada por un creciente conjunto literario, el cual muestra que los grupos terroristas... escogen las estrategias que les proporcionan mejores beneficios. La recurrencia a las tácticas terroristas es en sí misma



AP Photo/Ministerio de Defensa iraní, Vahid Reza Alaei, HGO

Misil tipo Qadr 1 en un desfile militar para indicar el comienzo de la guerra entre Irán e Irak, 1980-1988, 22 de septiembre de 2009 en Teherán.

una elección estratégica de los actores más débiles que no cuentan con ningún otro medio para promulgar su causa.” Además, en “Explaining Suicide Terrorism: A Review History”, la profesora de la Universidad de Stanford Martha Crenshaw afirma que: “Hay un consenso emergente de que los ataques suicidas son fundamentales o estratégicos desde el punto de vista de una organización patrocinadora... Sirven los intereses políticos de actores identificables, la mayoría de los cuales son no estatales que actúan en contra de Estados bien armados. Este método es mecánicamente sencillo y tácticamente eficiente...”

El problema con este proceso metódico del razonamiento lógico es que va desde mostrar que los líderes de países tales como Irán y Corea del Norte, incluso los terroristas, no son irracionales —tienen metas claras, encuentran medidas adecuadas con respecto a sus metas y reaccionan a hechos y a la lógica— hasta suponer que, consecuentemente, actúan racionalmente, y llegan a las mismas conclusiones de los observadores en relación con cambios en los hechos.

Sin embargo, algunos sociólogos destacados, notoriamente Talcott Parsons, han indicado desde hace mucho tiempo que hay una tercera categoría en el proceso de toma de decisiones y el comportamiento, la cual denominan categoría “no racional”. A simple vista, esto puede parecer una típica leve distinción académica, un punto débil bastante predominante entre los científicos sociales. No obstante, en esta situación, señalan una categoría fundamental del comportamiento humano, en donde los individuos actúan ante las creencias profundamente arraigadas que no pueden ni probarse ni refutarse; por ejemplo, su percepción de que Dios les ordenó a actuar de una manera determinada. Desde hace mucho tiempo, la gente ha demostrado que están dispuestos a matar por sus creencias, aunque significara su propia muerte. Es cierto que responden a hechos y a presiones, pero sólo y siempre y cuando, esos factores no afecten la manera en que ponen en práctica sus creencias —no las creencias en sí. Por lo tanto, un líder fanático religioso iraní muy bien pudiera creer que Dios le ordena destruir a Tel Aviv, determinar si se debe usar misiles o bombarderos y en qué temporada atacar, en cambio no considera si debe o no escuchar la orden de Dios para matar a los infieles.

En su artículo, “Can Iran Be Deterred? A Question We Cannot Afford to Get Wrong”, en *National Review*, el asistente editor Jason Lee Steorts escribe: “El fanatismo religioso iraní (énfasis de la redacción) sólo exagera la importancia de asuntos que son, objetivamente hablando, tangencialmente afines con sus intereses. Por ejemplo, el conflicto israelí-palestino, no tiene un vínculo directo con la seguridad de Irán, sin embargo, gran parte del régimen lo considera tan fundamental para los intereses de Irán, e incluso, para la identidad de Irán como nación musulmana”. Este es un ejemplo del pensamiento no racional y no irracional.

El comportamiento irracional no se circunscribe a una sola religión. Por ejemplo, a los israelíes, duramente criticados por varios motivos, normalmente no se les considera irracionales. No obstante, tienen un fuerte complejo “Masada”, que condujo a que sus antepasados se mataran entre sí y se suicidaran, en lugar de rendirse. Eso es más que un dato histórico sin valor. Muchos israelíes aún conservan esta creencia fatalista, reforzada aún más por la historia de Sansón, que derribó un edificio sobre sí para matar a sus enemigos, y por el fuerte compromiso de que “¡nunca jamás!” irían “como borregos al matadero” como lo hicieron los judíos (desde el punto de vista israelí) durante el régimen Nazi. Los israelíes siguen el ejemplo de aquellos pocos judíos en el barrio marginado de Varsovia quienes lucharon contra los nazis —hasta el amargo desenlace— a pesar de que no tenían posibilidad alguna de ganar. Estas creencias pueden hacer que Israel ataque a Irán aún cuando las consideraciones racionales indiquen que tal ataque sería sumamente perjudicial. Este tipo de ataque sería cónsono con sus creencias y racional en el sentido técnico —sin embargo, las mismas creencias se basan en compromisos irracionales que no pueden debatirse basados en hechos ni lógica, y por lo tanto, tampoco pueden ser disuadidos de forma confiable.

### ¿Predice el pasado al futuro?

Lo relacionado a la tesis de racionalidad constituye un argumento que se basa en datos históricos. Waltz señala lo siguiente: “Ahora está en boga, para los científicos sociales, probar sus hipótesis. De manera que tengo una: Si un país posee armas nucleares, no será atacado

militarmente de una manera que ponga en peligro sus intereses evidentemente vitales. Por más de 50 años esto ha sido 100% cierto, sin excepción. Bastante impresionante”. En “Containing a Nuclear Iran”, Zakaria sostiene lo siguiente: “La disuasión funcionó con locos como Mao y sicarios como Stalin y funcionará con los autócratas calculadores de Teherán”.

Estos argumentos no son válidos por varias razones. En primer lugar, según lo que aprendemos en el curso introductorio de Lógica, el hecho de que todos los cisnes que se ven son blancos no prueba el hecho de que no hay cisnes negros. El hecho de que, hasta el presente, no se haya usado arma nuclear alguna (desde 1945, después del cual se instituyó el sistema de disuasión) no prueba que ningún incidente de este tipo ocurrirá en el futuro. Eso se torna especialmente cierto a medida que incrementa el número de actores los cuales incluyen cierta cantidad de fanáticos.

Además, los datos históricos revelan muchas ocasiones en que las naciones gobernadas por líderes considerados no menos que racionales estuvieron peligrosamente a punto de un intercambio nuclear. India y Pakistán se ganaron este dudoso título muchas veces. John F. Kennedy casi aprieta el gatillo nuclear durante la crisis de los misiles en Cuba en 1962. Moshe Dyan estuvo muy cerca de hacer lo mismo, al preparar el arsenal nuclear de Israel para usarlo en la guerra de Yom Kippur. Mao planeó lanzar una bomba nuclear sobre la URSS en una disputa fronteriza en 1969.

Los defensores de la disuasión señalan los mismos incidentes para demostrar que la disuasión sí funcionó; al fin y al cabo, varias naciones se retiraron del borde de conflicto, si bien algunas otras esperaron hasta el último momento para hacerlo. No obstante, en mi opinión, en el pasado los jefes de Estado han mostrado ser muy capaces de cometer errores garrafales que les costaron sus vidas, sus regímenes y todo por lo que habían luchado —Hitler, por ejemplo. De la misma manera, cuando los japoneses atacaron a Pearl Harbor, pensaron que, como mínimo, iban a poder expulsar a EUA de su mundo. Y tanto los alemanes como los franceses calcularon erróneamente el curso que tomaría la Primera Guerra Mundial. La historia está repleta con numerosos errores de cálculo de menor escala,

desde el “puente demasiado lejos”, para el ataque de la Brigada Ligera de Lord Cardigan en la guerra de Crimea hasta el ataque del general confederado George Pickett en la batalla de Gettysburg en la guerra civil de EUA. Obsérvese que para iniciar una guerra nuclear, sólo se necesita cometer un error de cálculo; una vez que se ejecuta la orden de atacar —no hay vuelta atrás. Por el contrario, los errores de cálculo citados anteriormente requirieron días y meses, y en algunos casos, años de seguir la misma estrategia errada. Y aún así, los jefes de Estado persistieron. En otras palabras, es mucho más fácil caer en un enfrentamiento nuclear que encarar un contratiempo usando armas convencionales.

Sobre todo, en la historia no hay leyes de bronce. Lo que no ocurrió antes no significa en absoluto que no ocurrirá en el futuro. Por lo tanto, es racional usar aquí la regla de que si la pérdida de utilidad futura es muy alta, el evitarla debe gobernar la decisión, aunque la probabilidad de sufrir esta pérdida de utilidad sea muy baja. Una manera simplista de destacar este punto es observar que los individuos racionales felizmente aceptarán una apuesta de US\$1 si la probabilidad de ganar es de 99 a 100. Harán lo mismo por US\$10 y hasta por US\$100 —pero no por US\$1.000.000. El motivo de que sea así es porque, si bien la probabilidad de perder sigue siendo la misma y es muy baja, el costo de perder es tan alto (presumiendo que los que apuestan tendrán que comprometer sus ingresos futuros como garantía) que la pérdida de utilidad es tan grande que tiene sentido rechazar la apuesta. Sólo un temerario jugador aceptaría tal apuesta. Evidentemente, si permitiéramos que Irán usara un arma nuclear los riesgos serían tan altos que, aunque la probabilidad de que la disuasión fracasara fuera muy baja, tendría sentido hacer todo lo posible para impedir que Irán consiga este tipo de armas. En otras palabras, más vale prevenir que lamentar.

Debo agregar que aquí el asunto de las probabilidades es crucial. Muchos de los defensores de la disuasión usan palabras evasivas para explicar que los riesgos de ataque son muy bajos. En “Terrorism: The Relevance of the Rational Choice Model”, Brian Caplan, economista de la Universidad de George Mason afirma lo siguiente: “Aunque millones de personas creen que obtendrán enormes recompensas en la otra vida si participan en actos terroristas o —aún



Space Imaging Middle East

*Imagen satelital de un reactor sospechoso de ocultar operaciones clandestinas de enriquecimiento de uranio.*

mejor— en el terrorismo suicida, sólo un pequeño número de estos están dispuestos a arriesgar su propio pellejo”. Podría decirse que un pequeño número puede ser suficiente. De la misma manera, cuando Waltz afirma que: “No veo a muchos individuos con orientación religiosa cometer actos que resultarán en la masacre de millares de personas. Pienso que las personas son personas. No pienso que las recompensas celestiales motiven a un gran número de personas”, no se puede ignorar que cientos de miles de personas han sido asesinadas brutalmente por una religión, ideología u otro; los armenios por los otomanos; los judíos por Hitler; los rusos por Stalin, y así muchos más. Y si bien no a “muchos” gente les motivan las recompensas celestiales, sólo se necesitó a unos cuantos terroristas para derribar las torres gemelas del Centro de Comercio Mundial, ni tomará otros cuantos más colocar y activar un dispositivo nuclear en una de nuestras ciudades.

Tampoco se puede pasar por alto el hecho de que los terroristas tienen grandes probabilidades de obtener armas nucleares y encontrar maneras

de usarlas. Se puede colocar más de una arma nuclear en uno de los 6.000.000 contenedores que entran cada año a EUA a los cuales se les inspecciona superficialmente, o pueden ser colocados en una de las 2.000.000 embarcaciones recreativas y avionetas privadas que también entran a EUA cada año con casi ninguna supervisión (en el caso de las embarcaciones) y con filtración muy limitada (en el caso de las avionetas). Según me contó un Comandante del Servicio de Guardacostas, “El mejor método de introducir una arma nuclear en EUA sería colocándola dentro de una tonelada de cocaína”. En pocas palabras, dado que, en realidad, nadie niega que hay una pequeña probabilidad de una sustanciosa pérdida de utilidad, será mejor que impidamos la proliferación de armas nucleares en lugar de aprender a vivir con la misma.

### **Efectos secundarios: menoscabando la norma**

Evidentemente, mientras más naciones posean armas nucleares, aunque se ignoren las diferencias de mentalidades y predisposiciones de aquéllos

que actualmente buscan adquirir estas armas en comparación con los miembros más antiguos del club nuclear, mayor será el peligro de que algún país utilice estas armas de efectos catastróficos. Los defensores de la disuasión se burlan de este peligro y enfatizan que más bien pocas naciones han adquirido armas nucleares durante las últimas décadas, si se compara con el miedo

---

## ***Si es posible disuadir a Irán... tal vez podamos salvar el régimen de abstinencia nuclear.***

expresado a principios de la era nuclear. Así lo manifestó el presidente Kennedy destacando que pronto pudiera haber “10, 15, 20” países con una capacidad nuclear. Y C.P. Snow escribió en ese entonces que, a menos que hubiera un desarme nuclear, el hecho de que se diera una guerra nuclear “no sería una probabilidad, sino una certeza”. En realidad, en las siguientes décadas, un número considerable de países capaces de desarrollar armas nucleares se abstuvieron de hacerlo, incluyendo Canadá, Suecia, Italia, Brasil, Argentina, Sudáfrica y Taiwán.

Si bien es cierto que la proliferación ha sido más lenta de lo que algunos inicialmente vaticinaron, esos quienes aprovecharon este hecho para afirmar que no tenemos nada de qué preocuparnos, pasan por alto el hecho de que hemos llegado a un punto clave en el que el antiguo régimen restrictivo puede ceder el paso a una libre competencia nuclear. Durante décadas, hemos podido promover un tabú sobre las armas nucleares, así se muestra en *The Nuclear Taboo*, de Nina Tannenwald, profesora en la Universidad de Brown. Grandes segmentos de la población mundial y sus líderes adoptaron el precepto de que las naciones deben abstenerse de adquirir armas nucleares y que el renunciar a ellas era la política deseada. Cuando el presidente Obama hizo un llamamiento a un mundo libre de armas nucleares y prometió que EUA, en colaboración con Rusia, trabajarían para eliminarlas por completo, fue sumamente ovacionado. El tabú radica en la base

de un tratado firmado por 189 países, el Tratado de No Proliferación Nuclear (NPT). Tanto el tabú como el tratado fueron reforzados mediante varias medidas diplomáticas y económicas, así como cierta coerción.

Sin embargo, en los últimos años, Corea del Norte ha pasado por alto el NPT e Irán parece inclinarse cada vez más hacia el desarrollo de armas nucleares, el tabú se ha debilitado y el respeto por el tratado ha menguado. Por otra parte, los defensores de la disuasión, de hecho, sostienen que el tabú y el tratado son cosa del pasado, que cada vez más países adquirirán armas nucleares y que debemos aceptar este hecho y adaptarnos al mundo tal como es ahora y seguir adelante. De este modo, Michael Desch, profesor en la Universidad de Texas A&M, escribe: “Si durante la Guerra Fría pudimos vivir con esos Estados nucleares parias (la Unión Soviética y China), que estaban dispuestos a sacrificar a millones de su propia gente para promover una ideología escatológica, hay muy pocos motivos para pensar que Irán representa una amenaza más grave... A fin de parafrasear el subtítulo de la gran sátira nuclear de Stanley Kubrick, *Dr. Strangelove*, podría haber llegado el momento de dejar de preocuparnos y aprender a si no amar, como mínimo, tolerar una bomba iraní”.

En mi opinión, el tabú y el tratado, de hecho, se han puesto a prueba, pero es demasiado pronto para descartarlos. Si es posible disuadir a Irán, que a su vez aumentaría las probabilidades de que podamos presionar a Corea del Norte para que reconsidere su postura, tal vez podamos salvar el régimen de abstinencia nuclear. Por el contrario, cabe poca duda de que si permitimos que Irán desarrolle armas nucleares, otros países también querrán desarrollarlas, incluyendo, Arabia Saudita, Egipto y, hay quienes piensan que hasta Jordania. Además, como contramedida contra Corea del Norte, Japón y Corea del Sur no se quedarían atrás si descaradamente se rompiera el tabú en el Medio Oriente. Brasil y Argentina también pueden seguir el ejemplo, a medida que cada vez más naciones “importantes” adquieran armas nucleares. En resumen, emplear la disuasión con Irán en lugar de intentar disuadirlo para que no desarrolle armas nucleares, de hecho, implicaría exponer

al mundo a una proliferación a gran escala la cual incrementaría de forma significativa la probabilidad de una guerra nuclear entre naciones y la adquisición de armas nucleares por los terroristas.

### **Efectos secundarios: protección y chantaje**

Incluso si Irán jamás lanzara sus armas nucleares contra ningún país, una vez que demuestre que las ha adquirido —digamos, probándolas— estas armas tendrían considerables consecuencias para nuestra seguridad y la de nuestros aliados. Desch afirma correctamente: “La preocupación es que una vez que Irán desarrolle una capacidad nuclear, apoyaría más activamente a grupos terroristas tales como Hezbolá en el Líbano o Hamas en Gaza. . . Por último, muchos estadounidenses temen que una vez Irán despliegue una arma nuclear, se entrometerá más en los asuntos de Irak.” Emanuele Ottolenghi, director ejecutivo del Instituto Transatlántico en Bruselas explica de manera clara los efectos secundarios de permitir que Irán adquiera armas nucleares. Por lo tanto, me tomo la libertad de citarlo hasta cierto punto. Él escribe:

El hecho es que una bomba iraní permitiría a Teherán lograr sus metas de una revolución aunque Irán *no la use*. Una bomba nuclear es un multiplicador de fuerza que, como acertadamente expresó el presidente estadounidense Barack Obama, constituye un “cambio de jugada”. El éxito de Irán cambiará al Medio Oriente para siempre —y para mal. Bajo el paraguas nuclear iraní, los terroristas podrán actuar con impunidad, y sus vecinos entrarán en una peligrosa carrera armamentista. Se tiene menos entendimiento de las dinámicas que emergerían si Irán optara por no usar la bomba contra sus enemigos. El que Teherán actúe racionalmente, importa poco. Si Irán adquiriera armas nucleares, el Occidente tendría que negociar una Yalta de Medio Oriente con Irán —una que implicaría la retirada de EUA de la región, un pacto irritante para los principados de menor importancia en el Golfo e inaceptable para Israel y los cristianos en el Líbano.

Por último, pero no de menor importancia, es el riesgo de que Irán, u otra nación paria, traspasará una o más armas nucleares a los

terroristas, o que las adquirieran con la ayuda de un grupo u otro, tal como la Guardia Revolucionaria, sin el consentimiento de los líderes. Los defensores de la disuasión alegan que sólo bastaría con poner de manifiesto que si los terroristas usan tales armas, haríamos responsable a la nación que las proveyeran a fin de disuadir a tales naciones de compartir armas nucleares con los terroristas. Sin embargo, este argumento da por sentado un nivel mucho más confiable de capacidades forenses nucleares de las que tenemos en la actualidad. Tal vez no podamos determinar la procedencia de una bomba, o nos podría tomar meses para determinarla, que cuando atacemos a una nación, a sangre fría, con armas nucleares, tal vez no parezca un contraataque creíble.

No se necesita elaborar más detalles, aún si se puede disuadir a Irán de emplear sus armas de forma directa, hay importantes motivos para preferir un Irán sin armas nucleares.

### **El precio de la prevención**

Hasta el momento, la discusión se ha centrado en determinar si un Irán, dotado de armas nucleares, presenta una grave amenaza contra la seguridad que no se puede disuadir confiadamente mediante la amenaza de un ataque de represalia. No obstante, aún si se aceptara el hecho de que Irán sí presenta una amenaza significativa, todavía se debe sopesar el precio de la única alternativa viable a la disuasión —un ataque militar. (Ya hemos sugerido que las discusiones y sanciones probablemente no tendrán el efecto deseado.)

Quienes se oponen a un ataque militar sostienen que (a) la ubicación de algunas instalaciones claves podrían desconocerse; (b) varias instalaciones están bien resguardadas; (c) algunas de las instalaciones se encuentran en zonas sumamente pobladas, y el bombardeo de estas zonas pueden ocasionar muchas bajas civiles; (d) en el pasado, el bombardeo de este tipo de instalaciones no resultó muy eficaz, y el mismo podría retrasar levemente el desarrollo de los programas nucleares o hasta hacer que Irán reaccione acelerando el propio, y rehusarse a toda inspección futura por parte de la Agencia Internacional de Energía Atómica; y (e) algunos advierten que bombardear usinas nucleares llenas



Departamento de Defensa

*Vehículos blindados tipo M8, proporcionados a Irán conforme con el Programa de Asistencia Mutua, junto a una caravana de camellos cerca de Teherán, 19 de diciembre de 1956.*

podría resultar en la liberación de materiales radioactivos en la atmósfera, llevando a niveles desastrosos de enfermedades, deformidades y muerte entre la población, tanto de manera inmediata como a largo plazo.

El hecho de que todas estas objeciones tienen que ver con el bombardeo de instalaciones nucleares, las mismas apuntan hacia una *opción militar distinta*. Es una opción que, hasta el momento no ha sido tratada en público y que a primera vista pareciera controversial. Por lo tanto, se debe tomar nota que, de hecho, la opción ha sido previamente usada en varias ocasiones. El planteamiento básico no busca degradar las capacidades nucleares de Irán (la meta de bombardeo), sino obligar al régimen a cambiar su comportamiento, ocasionando niveles cada vez más altos de “dolor”. Esta comienza exigiendo que Irán cumpla con sus obligaciones internacionales y permita el acceso a sus instalaciones nucleares en una fecha determinada para comprobar que no son parte de un programa militar. De no cumplir con estas demandas, el siguiente paso conllevaría al bombardeo de los recursos militares no

nucleares de Irán (tales como el cuartel general y guarniciones de la Guardia Revolucionaria, instalaciones de defensa antiaérea, emplazamientos de radares y misiles, así como buques de la marina armada que podrían ser utilizados para ataques contra buques petroleros). De no producir el bombardeo la respuesta necesaria, se llevará a cabo el bombardeo de medios de doble uso selectos, incluso, elementos claves de la infraestructura, tales como puentes, estaciones de ferrocarril y otros recursos similares, así como lo hizo EUA en Alemania y en Japón en la II GM. (La referencia es a los medios de doble uso que pueden ser atacados en incursiones nocturnas, aún después de emitir las debidas advertencias, para minimizar las bajas civiles, y no sólo los blancos puramente civiles, como fue el caso en Dresde y Tokio). Si hay que apretar más las clavijas, se podría declarar el espacio aéreo iraní una zona de exclusión aérea, así como lo hicimos en Irak aún antes de la Operación *Iraqi Freedom* en 2003. Este tipo de acción militar es similar a las sanciones —causando “dolor” para cambiar el comportamiento, si bien con medidas mucho más drásticas.

En vista de que la ubicación de estos recursos es conocida, no importa si no atacan a todos, ya que como no están bien escondidos ni protegidos, el bombardearlos no desencadenaría la liberación de materiales radioactivos en la atmósfera. En pocas palabras, desde un punto de vista estrictamente de adquisición de blanco, son mucho menos problemáticos que las instalaciones nucleares.

Es probable que los críticos aleguen que la acción militar ayudaría a los que están en el poder en Irán a suprimir la oposición u obligar a la misma a apoyar al régimen. Sin embargo, el régimen de todas maneras ya está haciendo todo lo posible para reprimir a la oposición, y una debilitación del régimen, tras los ataques militares, puede crear oportunidades para la oposición. Además, como evidencia las experiencias en Cuba, República Dominicana, URSS y Birmania, entre otros países, solemos exagerar la probabilidad de que la oposición vencerá en contra de regímenes brutales internos. Así mismo, según me dejó en claro el líder de los reformistas cuando me invitó a Irán en el año 2002 en la calidad de huésped, los reformistas no pretenden abandonar el programa nuclear. Todo esto sugiere que no se debe permitir que el intentar descifrar las vagancias de las políticas internas de Irán determine nuestra política exterior cuando nuestros intereses nacionales vitales están en juego.

Sobre todo, no podemos atrasar más la acción si hemos de impedir que Irán atraviese el umbral después del cual una alternativa militar llegaría a ser mucho más peligrosa de implementar —tanto para nosotros como para ellos.

### ¿Legitimidad?

Al considerar la manera como otras naciones e instituciones internacionales, especialmente la ONU, reaccionarían a tal política, se debe distinguir entre los actos de decidir ejercer una opción militar o decidir el tipo específico de acción militar que se ejercerá. Este argumento supone que una acción militar de *algún tipo* ha sido considerada necesaria y dispuesta por el Presidente, luego de la debida consulta con nuestras autoridades militares, de haber sido autorizada por el Senado de EUA, y después que el Gobierno de EUA haya decidido actuar

aunque no se pueda obtener la aprobación de la ONU. Tomando todo esto en consideración, no veo ningún motivo para que la ONU esté más dispuesta a aprobar un ataque contra las instalaciones nucleares que incrementar el “dolor” atacando los recursos militares, y de ser necesario, los de doble uso. Los críticos tal vez aleguen que el planteamiento para cambiar el comportamiento equivale a la guerra “total”, mientras que el atacar las instalaciones nucleares sólo implica una guerra “limitada”. No obstante, esta diferencia ha sido, en gran parte, descartada en los últimos años, y está especialmente fuera de lugar en este caso, dado que un ataque contra las instalaciones nucleares podría ocasionar considerables daños colaterales que la opción sugerida.

### Cómo lidiar con los efectos secundarios

Los que critican un ataque militar temen que Irán tomará represalias dándole rienda suelta a Hezbolá y Hamas, dificultando aún más nuestra misión en Irak y en Afganistán, e interrumpiendo el suministro de petróleo tanto para nosotros como para nuestros aliados. Estas preocupaciones no tienen que ver con la decisión de *cuál* modo militar sería el adecuado, sino a la pregunta de si se debe, en primer lugar, considerar una opción militar. En respuesta, sugiero que una nación que sostenga no poder lidiar con tales contramedidas no sólo renuncie a sus pretensiones de superpotencia, sino que deje de considerarse a sí misma un actor internacional.

En resumen, es poco probable que las discusiones y sanciones disuadan a Irán con respecto a sus ambiciones de potencia nuclear. Por lo tanto, se presta cada vez más atención a la contención. Puede que funcione, pero dado el alto grado de pérdida de utilidad de un ataque nuclear por parte de Irán, aún resulta inaceptable una probabilidad relativamente pequeña de que Irán pueda usar armas nucleares. El razonamiento de que los líderes de Irán no son irracionales pasa por alto el hecho de que, en el pasado, un número considerable de líderes nacionales “pusieron en juego” sus vidas, regímenes y perdieron. Consecuentemente, una opción militar no debería descartarse. No obstante, el bombardear las instalaciones nucleares de Irán tal vez no sea la mejor opción. **MR**